

## Batir de alas

No era ella, era su cuerpo el que, entre una multitud confusa tomada como botín de guerra, se deslizaba ribera abajo, a pan y agua, al chasquido de látigo del joven príncipe moro Yussuf. Ella, María, la hermosísima y tierna María, no se hallaba en aquella mezcla singular, apretada, de manso ganado y cristianos rendidos a su fortuna: resplandeciente y libre, con un cestillo de purpúreos pétalos de rosa en sus manos, estaba flotando en el aire. Su audaz pensamiento salía a borbotones del breve espacio de su cabeza y la elevaba a prodigiosas alturas. «¡La tierra de la luz, de los amores, del rumor dulce del agua. La tierra del intenso aroma! Llegar allí: he ahí tu destino». El leve vaivén del río mecía en su cerebro las palabras del hombre misterioso y pertinaz de sus brillantes sueños y las exquisitas imágenes traídas por ellas. ¡Vega, luna, sierra, amor, amor, amor... agitándose suavemente como la mies en primavera! El paraíso soñado noche tras noche era extrañamente sugerido en perfume y en belleza. Aquel río de agua luminosa y tranquila sólo podía conducir a él. Bien segura estaba. En su musical y cristalina corriente veía ostensibles señales de su devenir. En lluvia leve, casi inapercibidos, caían los pétalos, llevando con ellos una sugerencia de amor infinito. No era el viento sino la fortuna quien los hacía caer.

Expiraba el largo primer día de cautiverio. Los rojos rayos de luz crepuscular inflamaban las hojas esparcidas y les arrancaban su fragante esencia, vertiéndola a torrentes en el aire. Yussuf se adormecía en un hondo placer. En su ensueño dulce, sin presentir nada, hizo seña de parar.

Felizmente dividida –su cuerpo allí, su alma en tierra bien distante–, el corazón latiéndole con fuerza, María no percibió la llamada, atenta por entero al sublime cuadro que pintaba su feraz fantasía: campos de naranjos y de adelfas en flor, casas blancas de rejas negras, palomas, iglesias, un soberbio palacio en la falda de una sierra, una asombrosa mezquita..., y un príncipe locamente enamorado. Tan inmersa estaba en el éxtasis, tan levantada por el deseo, que siguió caminando en medio del desplomado tropel. Al verla, Yussuf arreó a su caballo y salió precipitadamente hacia ella. Asustada por el impetuoso trote del animal, la joven cayó de su nube. Sus locas figuraciones se helaron de raíz. Temblando, tendió hacia el caballero su deliciosa mirada llena de mortal angustia. En el esplendor del crepúsculo, bajo un turbante de seda escarlata bordado en purísimo y reluciente oro, unos ojos azules eclipsados se clavaron sin remedio en aquella belleza cristiana. ¿Qué puede el hombre contra el amor? El asombro de la esclava fue espantoso: ¡eran los ojos azules de sus sueños! «¡La tierra de la tolerancia, del respeto, del amor, de nuestro amor...! Llegar allí: he ahí tu destino». Así hablaron aquellos divinos luceros. Una exquisita emoción penetró en el alma de María, que volvió a subir. «Hay algo mejor que llegar –repuso desde la altura–: arder en deseos de hacerlo. Lo hermoso es el viaje». Hacia su edén volaba pura y ligera por las inmaculadas rutas del aire.